

debilidad y de inferioridad política de que tardaría mucho tiempo en salir? En una palabra, ¿no valia mas prevenir que tener que reparar?»

Tal era la sustancia de todas las memorias que diariamente se dirigian á Madama. Despues de haber pesado detenidamente estas observaciones, las encontró plausibles, y decidió en un consejo que habia llegado el momento de obrar. El mes de abril de 1832 fué señalado para su partida, y por una carta fechada en este mes, advirtió á los realistas del Mediodia y del Oeste, estuviesen dispuestos.

He aquí cual era el tenor de esta carta: «Yo haré saber á Nantes, á Angers, á Rennes y á Leon que estoy en Francia: preparaos para tomar las armas al momento que recibais este aviso, y contad con que le recibireis del 2 al 3 de mayo próximo. Si los correos no pueden pasar, el rumor público os instruirá de mi llegada, y hareis tomar las armas sin dilacion.»

La suerte estaba echada: autorizándose con la renovacion de las abdicaciones en Lullworth, y llevando consigo la carta de Carlos X que la declaraba regenta luego que pisase el suelo francés, contando con el estado de disolucion en que se le mostraban las fuerzas del gobierno, llena de recuerdos del afecto que la habian manifestado las provincias meridionales en su viage de 1828, y de las simpatias guerreras de la Vendée; Madama iba á dirigirse á Francia á desplegar la bandera de su hijo, y llamar las poblaciones á las armas en nombre de Enrique V.

### LIBRO TERCERO.

Antes de dejar á Massa habia enviado Madama á Paris doce mil francos para los coléricos.—M. de Chateaubriand los ofrece en su nombre.—El ministerio los rehusa.—Impresion que hizo esta repulsa sobre Madama.—Su viage.—Dirigese hácia Marsella.—Movimiento de Marsella al rumor de la llegada de Madama.—Este movimiento queda reducido á una escaramuza.—Espectativa y ansiedad de Maria Carolina.—Un billete la advierte que es necesario salir de Francia.—Sus palabras.—Su determinacion.—Madama deja su asilo.—Declara que no saldrá de Francia.—Marcha penosa.—Una noche pasada el raso.—Se procura un carruaje.—Madama en casa de un republicano.—Sepárase de su comitiva.—Madama corre un gran peligro.—Llega á una casa hospitalaria.—Consejo.—Maria Carolina declara que se dirigirá á la Vendée.—Dificultades de este viage.—Despedida de Madama á sus amigos.—Primera jornada.—Llegan á Tolosa.—Recuerdos y contrastes.—Un realista reconoce á S. A. R.—Este trata de disuadirla de dirigirse hácia el Oeste.—Respuesta de Maria Carolina.—Burdeos.—La Saintonge.—La princesa viaja en cabriolé descubierto.—Su presencia de espíritu en un castillo.—Anecdotas.—El cura aldeano.—1828 y 1832.—Maria Carolina permanece nueve dias en el castillo de la Saintonge.—Tres billetes de Maria Carolina dirigidos á gefes Vendeanos.—No está mas que á treinta y dos horas de marcha de la Vendée.

La duquesa de Berry dejó á Massa á mediados de abril de 1832. Quince dias antes habia escrito á M. de Chateaubriand, encargando al ilustre escritor entregase de su parte mil francos á cada una de las doce municipalidades de Paris, á fin de aliviar á las clases trabajadoras diezmasdas por la cruel enfermedad

que reinaba en la capital. La princesa habia pensado que el derecho de socorrer los infortunios que se sufrían en el suelo francés, habria sobrevivido á tantos otros que se declaraban abolidos. Un decreto de proscripción hería su persona, es cierto; pero el dinero de la viuda no era inviolable? Así lo creía ella á lo menos, y encontrando que su intérprete mas natural cerca del país, debía ser aquel por quien todas las opiniones de él experimentaban una simpatía tan viva, eligió como se ha dicho, á M. Chateaubriand por medianero. M. de Chateaubriand transmitiendo el donativo de la duquesa de Berry, no era la popularidad del genio y de la gloria sirviendo de intérprete á una princesa cuyas adversidades habian permanecido populares? Pero los hombres que gobernaban la Francia en aquella época, creando excepciones en materia de beneficios, y oponiendo una resistencia á fin de no recibir aquella humanidad, creyeron deber levantar un dique entre la desgracia y el beneficio que venía de los lugares del destierro: los doce mil francos de la duquesa de Berry fueron rehusados. Se tuvo miedo del eco que hubiera tenido este acto de beneficencia, y no se temió despojar de él á la miseria. Así es el temor; carece de entrañas.

La debilidad que parecia denotar una conducta semejante, era propia á confirmar á Madama en las opiniones que se habia formado del estado de las cosas en Francia. Ella pudo creerse temible, puesto que era temida hasta el punto de detener su ofrenda en las fronteras, y que asustaba el solo ruido de su nombre pronunciado al lado de un beneficio.

Con estas ideas dejó á Massa, como hemos dicho, en el mes de abril de 1832. Motivos de una alta conveniencia no permiten publicar el medio de que se

valió para entrar en Francia. Este viage estuvo sembrado de contratiempos y peligros, que María Carolina superó, sin dar la menor señal de emoción ni el mas leve indicio de desaliento. En tales momentos era en los que se mostraba con todo su poder aquella alma que el peligro exaltaba. La intrepidez de su corazón triunfaba de la debilidad de su organización, y su valor la prestaba fuerzas.

Madama habia pensado siempre que una de las ciudades meridionales donde la noticia de su llegada debía conmover mas las poblaciones, era Marsella. Encaminóse pues, sobre aquel punto con las personas que se habian asociado á su suerte, y encontró un asilo en una casita situada a alguna distancia de aquella gran ciudad. Allí fué donde esperó el momento de presentarse á los realistas de Marsella.

En la noche que precedió al movimiento, Madama no durmió, experimentando aquella impaciencia febril de la esperanza, que enciende el pensamiento. Esperaba el día como se espera la corona. Parecía que el tiempo no marchaba, y la aguja que interrogaba con la vista á cada minuto, se la figuraba inmóvil sobre el cuadrante.

Llegó en fin aquel día tan deseado, y he aquí los sucesos que iluminó.

Durante la noche del 29 al 30 algunos grupos realistas llevando banderas blancas, habian recorrido todo Marsella á los gritos de *viva Enrique V.* A eso de las tres, algunos hombres armados se apoderaron de la Iglesia de San Lorenzo, enarbolaron la bandera blanca sobre el campanario, y tocaron á rebato. Al mismo tiempo se presentaban en la Patache y la Consigna, y arrancaban la bandera tricolor. Un grupo bastante considerable se habia formado sobre la esplanada de la torreilla, esperando el barco de va-

por que, se decia entre la multitud, traia al mariscal Bourmont. En fin un gran número de personas se dirigieron al Palacio de la Justicia á los gritos de *viva la línea*, y de *viva Enrique V.*

Era visible desde luego que el movimiento carecia de organizacion y de instinto. Temiendo divulgar el golpe de mano que se queria intentar, se habia confiado el secreto á muy corto número de personas; la poblacion no habia sido preparada al movimiento, y es imposible hacer una revolucion popular dejando á la multitud fuera de las combinaciones determinadas. Los misterios son buenos en diplomacia, pero malos en revolucion.

Este disimulo y este silencio dominaron todas las operaciones de los conjurados. Parecia que los que promovian la conmocion estuviesen bajo el imperio de aquella idea del secreto que, en todos los preparativos de la empresa, habia presidido á su conducta. Los que se dirigieron hácia la casa del Palacio de Justicia, estaban sin armas ostensibles, sin insignias, sin uniformes: en lugar de presentarse como tropa, se presentaron en tropel: y es bien sabido por las personas que tienen alguna esperiencia de las turbulencias civiles, que jamás el soldado se deja arrastrar sino por un desarrollo de fuerzas bastante considerable para imponerle. Qué sucedió? Un subteniente del 13 de línea, que se encontraba en el cuartel, intimó la dispersion al grupo. Empeñose una lucha entre este oficial y la persona que al parecer dirigia el movimiento, y despues de una viva resistencia, este fué arrestado y conducido al cuerpo de guardia. Entonces se introdujo un terror pánico entre los amotinados, y en un momento todo aquel grupo se disipó.

De este modo el movimiento se redujo á una escaramuza.

La duquesa de Berry esperaba, como se ha dicho, noticias de Marsella con una impaciencia inesplicable; se hallaba en una de aquellas ansiedades mortales en que se daria una vida entera por avanzar algunos momentos en el dia. Hasta las doce, sin embargo, conservó algun sosiego; pero cuando dieron las dos, cuando sonaron las tres sin que se turbase el silencio que reinaba al rededor del asilo de Madama, entonces su ansiedad tomó un carácter de intensidad terrible. A las cuatro llegaron dos mensajeros con este billete lacónico como una sentencia de muerte. «El golpe se ha frustrado: es necesario salir de Francia.»

«Salir de Francia! exclamó la princesa, no me parece que eso está probado. Lo que es urgente es salir de aquí para no comprometer á estas buenas gentes, y evitar el ser nosotros mismos arrestados.»

Tratábase de tomar un partido; los espíritus mas firmes habrian podido vacilar. El movimiento de las provincias meridionales habia fallado. Las demas ciudades del medio dia no intentarían una insurreccion que habia principiado en Marsella por un revés: en semejantes empresas, el primer suceso debe ser favorable. Todos los recursos faltaban á la vez; era imposible permanecer, y casi igualmente imposible huir. Encaminarse hácia las fronteras por el continente en medio de mil peligros, ó arrostrar todos estos peligros, y atravesar la Francia en toda su latitud para introducirse en la Vendée, tal era la única alternativa que se presentaba. Madama eligió sin vacilar. No era la fuga lo que habia venido á buscar, era la guerra: en consecuencia, declaró que puesto que estaba en Francia no volveria á salir de ella; y tan pronta en ejecutar como en resolver, dió en el momento la orden de la marcha.

No habia medio alguno de transporte, ni carruaje

ni caballo: á esta observacion contestó Madama que partiria á pié. Como la caída del dia debia favorecer su huida, decidió que se pondria en camino en el mismo instante: despidióse de la familia que le habia recibido, obligó á su huésped, que oponia á sus órdenes negativas mezcladas de lágrimas, á aceptar veinte y cinco Luises, y se alejó con las personas de su comitiva y un guía, dejando ya tras sí una esperanza.

Marchaban silenciosamente en medio de las tinieblas que, de momento en momento se hacian mas profundas: era la noche tan oscura que nada se distinguia á la distancia de dos pasos. Ya no se encontraba camino trillado y se abanzaba tropezando á cada minuto con fragmentos de rocas y algunos pies de olivo plantados en aquel pedregoso terreno. El guía confesó en fin, que habia perdido el camino y que ignoraba dónde se hallaban: fué, pues, necesario detenerse, mucho mas porque Madama, que marchaba despues de tanto tiempo, estaba agobiada de cansancio y experimentaba una necesidad absoluta de reposo. Sentia tambien aquella falta de sueño, conocida de todos los que han hecho la guerra, necesidad tan imperiosa como el hambre y la sed, y que se satisfaria aun bajo el fuego de una batería enemiga; tan imposible es resistir á ella. Echóse sobre la tierra, se cubrió con una capa, y bien pronto se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó estaba aterida por el frio de la noche: la delicadeza de su constitucion no estaba acostumbrada aun á aquella áspera prueba, y pareció tan indispuesta, que sus compañeros de viage se alarmaron. Felizmente se descubrió en aquel parage desierto, una especie de cabaña, destinada sin duda á servir de abrigo á los pastores en tiempo de

t tormenta: se encendió fuego con ramas secas, y se echó la princesa cerca de él, esperando la vuelta de uno de los realistas de su séquito que, como habitante del pais, habia ido á buscar medios de transporte para hacer el viage menos fatigoso y al mismo tiempo mas rápido. Ya habia salido el sol cuando volvió. Traía un cabriolé de tres asientos, y se convino en que él mismo conduciria á Madama á la habitacion en donde residia con su familia; Madama queria detenerse en el camino, en la casa de un realista del que esperaba algunos informes. El personage que la conducia la dijo que por una desgraciada casualidad este realista estaba ausente. «La habitacion de su hermano, añadió, está á poca distancia, pero debo advertir á Madama, que sus opiniones políticas son opuestas á las nuestras. Fuera de eso es un hombre de bien, y acaso podrá sernos útil.»

«Esta bien, respondió la princesa, vais á conducirme á su casa.»

Un movimiento de espanto se advirtió entre las personas que acompañaban á Madama.

«Está tomada mi resolucion, prosiguió; es necesario separarnos; asi reunidos no podemos caminar, porque inevitablemente llamariamos la atencion. Yo os doy la cita á todos los lugares en que me encuentre: Adios, señores!»

La duquesa de Berry montó en seguida en el carruage que se la habia traido, y bien pronto se encontró á las puertas de la persona cuyas opiniones republicanas bien conocidas, habian alarmado á los amigos de la princesa. Luego que estuvo en su presencia se fué derechamente hácia él y le dijo: «Señor, sé que sois republicano; pero para una proscripción no hay opinion: yo soy la duquesa de Berry.»

«La persona á quien se dirigia, fué digna de la

confianza que se le manifestó. Esta declaración hecha á la lealtad francesa, fué entendida, y la madre de Enrique de Borbon errante y proscripta, encontró una obsequiosa acogida y una discreta hospitalidad en el hogar de un republicano. Si las gentes sensibles de todos los partidos no creen en los mismos principios, creen en las mismas virtudes. Madama no ha olvidado jamás el recuerdo de esta acción honrosa: ella ha hablado frecuentemente de su huésped con reconocimiento, y éste habla siempre de Madama con admiración y respeto.

Esta visita no duró mas que algunas horas: el camino se continuó muy luego en un nuevo carruaje, dirigiéndose hácia la habitación del decidido realista que servía de conductor á Madama desde su entrada en Francia. Antes de terminar el viage se experimentó otro nuevo accidente: el caballo que los llevaba se desbocó en una rápida bajada, y se hizo imposible detenerle. Los vaivenes eran tan fuertes y tan frecuentes, que parecia que el carruaje iba á estrellarse; era de noche, y en una de aquellas sacudidas se creyó por un momento que Madama habia sido precipitada á tierra. Hubo la fortuna de que la rueda se enredó en el estribo, que se habia roto chocando en un peñasco, y entorpeciendo esto el movimiento del carruaje, se pudo conseguir detener el caballo. Entonces se supo que era la capa de Madama, la que cayéndose habia causado tal susto á las dos personas que la acompañaban. En el momento del mayor peligro la princesa habia permanecido silenciosa, y habia conservado toda su serenidad.

Llegaron, en fin, á aquella casa hospitalaria, donde Madama podia esperar gozar un poco de reposo y seguridad despues de tantas fatigas. Hallábase en el seno de una familia decidida, que la rodeaba de sus

homenajes y sus respetos. Pero aquel pensamiento que la habia hecho dejar su familia en Holy Rood por la Italia, despues la Italia por la Provenza, estaba siempre presente en su imaginación. El contratiempo que acababa de experimentar en Marsella, la habia entristecido sin desalentarla. Ella creia tener una misión que llenar, y se decia á sí misma que la situación podia faltarla, pero que nunca debia faltar á la situación.

Muchos de los compañeros de su empresa habian llegado á la casa en que habitaba. Madama Carolina les declaró de nuevo que estaba decidida á introducirse en el Oeste. «Éste es en mí un deber, les dijo: si yo dejase la Francia sin haberme mostrado en la Vendée, aquellas bizarras poblaciones no me lo perdonarian jamás. Les he prometido, hace cuatro años, dirigirme en caso de desgracia en medio de los vendedanos: estoy en Francia, y no saldré de ella sin cumplir mi promesa.»

Se vé por esto que María Carolina no habia olvidado el viage de 1828. Las personas que se hallaban con Madama no trataron de disuadirla, pero tampoco la ocultaron los peligros de la empresa. «Dios y santa Ana me ayudarán, replicó: he pasado una buena noche, he descansado, y quiero partir esta tarde.»

En este arriesgado viage, la audacia de la ejecución debia corresponder á la del pensamiento. Así fué que María Carolina emprendió atravesar la Francia en toda su latitud, en birlocho con caballos de posta, y acompañada de tres amigos decididos. Un pasaporte que uno de ellos habia tomado de antemano para él y su muger, á fin de hacer un viage por causa de enfermedad, sirvió á la princesa. Madama debió entonces separarse del resto de su séquito, que,

despues de haberla dejado en el momento en que se alejaba de Marsella, habia logrado reunirse á ella en la casa en que se encontraba. La última palabra de María Carolina en el instante de esta separacion, fué esta: «Señores, á la Vendée.»

Emprendióse entonces aquel largo viage, que sembrado de tantos episodios, efectuado en medio de tantos obstáculos, debía tener buen éxito por su mismo atrevimiento. Apenas el carruage principia á rodar, cuando los peligros principian tambien á nacer: en el momento en que Madama subia al carruage, se echó de ver que habia alli un gendarme. Que haria á aquella hora de la noche? Estaria en observacion? El birlocho parte, y el gendarme le sigue: muy poco despues se oyé un gran ruido de caballos: esto es sin duda, el resto de la brigada emboscada á poca distancia. Felizmente no eran sino postillones que volvian á sus paradas. Pero el gendarme no pierde de vista el carruage, á cuya ligereza parece medir el paso de su caballo: si desaparece un momento en la parada, es para volver á presentarse luego que los viajeros se vuelven á poner en camino: es facil conocer las inquietudes de los compañeros de Madama. En fin, á algunos pasos de la segunda posta, el gendarme que sabiendo que el camino no era seguro, escoltaba acaso el carruage para protegerle en caso de ataque, se alejó y no volvió á parecer mas. Este fué el primer encuentro de María Carolina con la policia del gabinete del Palacio Real.

La princesa continuó su viage hácia Tolosa, atravesando á Nimes, Montpellier, Narbona, y Carcasona. Se caminaba dia y noche, sin detenerse mas que un momento por la mañana para el desayuno: de este modo se avanzaba con rapidéz. Al pasar por estas provincias, María Carolina recordaba la acogida

que se le habia hecho cuatro años antes, y aquel viage tan diferente del actual; viage saludado por el entusiasmo de las poblaciones meridionales, agolpadas en multitud á su tránsito. Estos recuerdos hacian un triste contraste con lo presente; pero la constancia de Madama era inalterable. Toda entera en sus proyectos, se ocupaba mas de las esperanzas del porvenir, que de los estériles sentimientos de lo pasado.

Llegó Madama á Tolosa en los primeros dias de mayo, en birlocho descubierto, á las siete de la tarde. No habia querido tomar disfraz alguno, y cuando los caballos pararon delante de la casa de postas, se vió rodeada de un gran número de personas que observaban á los viajeros. Entre estas personas habia una, cuyos ojos fijos sobre la princesa, no la perdian un momento de vista. La prevision del afecto superaba á la de la policia: era este un realista que habia reconocido á la duquesa de Berry. Aproximóse á uno de sus compañeros de viage, que se habia separado un instante del carruage, y habiéndole reconocido tambien á pesar de su disfraz le dijo; «Es la duquesa de Berry la señora que conducis?» Cuando supo que iba á la Vendée, hizo un gesto de sorpresa y le manifestó que las provincias del Oeste estaban llenas de soldados; que mas valia intentar un nuevo movimiento en el mediodia, y concluyó proponiendo un asilo en donde María Carolina podia esperar con seguridad el momento de hacer una segunda tentativa en las provincias meridionales.

Se convino en que tendria una entrevista con la princesa, y para evitar toda sospecha, en el momento de partir el carruage, se colocó rápidamente en el asiento al lado de la persona con quien acababa de tener esta conversacion.

La princesa quedó muy admirada de encontrar tan cerca de sí los ojos que tan curiosamente la habían observado; pero cuando hubieron salido de la ciudad, su nuevo compañero de viage se inclinó hacia ella para hablarla en voz baja, y entonces le reconoció. «La providencia os envía, le dijo: he perdido algunas señas, y tengo necesidad de informes, que nadie puede darme mejor que vos.»

Una conversacion política se empeñó entonces entre Madama y el realista tolosano. La pintó este con los mas sombríos colores los peligros y obstáculos que la esperaban en el oeste, é hizo los últimos esfuerzos para determinarla en nombre de la prudencia, á aceptar un asilo en Tolosa. Estas palabras de asilo y de prudencia sonaban mal en el oido de Maria Carolina. «La Vendée está llena de soldados! respondió; tanto mejor: conozco á muchos de los que estaban en la guardia, ellos tambien me conocen, y no dispararán sobre mí. He venido á Francia para preservar el país de la vergüenza de una invasion estrangera. Los vendeanos tienen mi promesa y la cumpliré. Ahora que estoy en Francia, he quemado mis naves y costará trabajo el hacerme salir de ella.»

El realista tolosano supo entonces de Madama que su llegada al Oeste estaba anunciada; que sus amigos políticos de París tenían conocimiento de ello, y viendo que la resolucion de Maria Carolina era inexorable, la ofreció su espada. Asi la princesa alistaba en su temeridad á aquel mismo que, con un espíritu mas frio, aunque de un corazon decidido, había querido reducirla á la prudencia.

No había pasado Madama mas que una media hora en Tolosa: al salir de esta ciudad atravesó á Moissac y Agéu; despues dejando el camino de Burdeos, siguió el de Bergerac, de Sainte Foy, de Libourne

y de Blaye. Esta era la ciudad, donde cuatro años antes, una diputacion bordelesa vino á traerle los votos y los homenajes de aquella gran poblacion, y suplicarla apresurase el momento de la entrada en su recinto. Asi atravesó la Saintonge, yendo de castillo en castillo, y escitando el entusiasmo de sus amigos. Está dicho; ella había encontrado un medio nuevo de disfrazarse, medio que no está al alcance sino de las almas valerosas: este era el de mostrarse en todas partes y á todo el mundo.

En todas las circunstancias difíciles tenía una presencia de ánimo perfecta, y sus compañeros se admiraban de los recursos que le sugería su inteligencia viva y pronta. En uno de los castillos de la Saintonge, en donde se presentó, no era esperada, y el realista á quien pertenecía aquella morada, quedó lleno de estupor cuando se le dijo que Madama, á quien él creía aun en Italia, estaba á su puerta pidiendo hospitalidad.

«La duquesa de Berry! repetía con una sorpresa siempre creciente; madama la duquesa de Berry!»

Entonces hizo observar al que conducía á la duquesa, que tenía en su casa veinte personas, y que todas estaban en el salon. No era esta una excusa sugerida por temores personales; era una observación dictada por una inquieta solicitud relativa á la seguridad de S. A. R. Esta resolvió la dificultad, y terminó la conferencia que se prolongaba demasiado, dirigiéndose al dueño del castillo: «Señor, le dijo, no tenemos una prima, que habita á cincuenta leguas de aqui?»

—«Sí, Madama.»

—«Pues en ese caso, presentadme á vuestras veinte personas bajo el nombre de vuestra prima.»

Adoptóse la idea de la princesa con entusiasmo,

y ella ejecutó su papel con tanta naturalidad, que nadie concibió la mas leve sospecha. Sin embargo al dia siguiente, habiendo venido à comer con el castellano el cura de la aldea, hizo un movimiento de sorpresa al ver à Madama. Habia tenido el honor de ser presentado à S. A. R. en 1828 cuando su viage à Rochefort, y la fisonomía de la prima de su huésped le recordaba en tales términos la de la duquesa de Berry, que se quedó confuso. Adivinaba la verdad, ó tomó por un juego de la naturaleza la semejanza de dos personas que, en realidad no eran mas que una? Esto es lo que no se puede descifrar: en todo caso, Madama habria encontrado una salvaguardia en su discrecion, si no la hubiese hallado en su sencillez.

Este castillo, en que à la sazón estaba María Carolina, le habia elegido como el último descanso antes de entrar en el territorio de la Vendée, y podia decirse que era su cuartel general en el momento de abrir la campaña. En él permaneció nueve dias, no para descansar, sino para prepararse à la accion. Al dia siguiente de su llegada, envió un mensajero seguro, encargado de sus intruccioncs para la Vendée. Tres billetes de María Carolina à los principales gefes del Oeste les avisaban su arribo.

Decia al primero que, à pesar del revés que su causa acababa de sufrir, estaba muy lejos de mirarla como perdida, y que siempre confiaba en la justicia de ella. «Que estén prontos mis abogados,» decia en un estilo alegórico propio para burlar à la policia, si el mensajero era arrestado; «mi intencion es entablar el pleito inmediatamente.»

En el segundo billete encargaba à otro gefe disponerlo todo para recibirla, porque el canton en que él residia era donde queria presentarse desde luego.

El tercero estaba concebido con un laconismo, que recordó al general Dermoncourt, como dice él mismo, el estilo de hierro de Napoleon: «Se os dirá donde estoy; venid sin perder un momento: ni una palabra à nadie absolutamente.»

El viage de Madama estaba, pues, terminado: treinta horas de marcha solamente la separaban de la Vendée. Habia superado todos los obstáculos del camino: ahora à la manera de un atrevido capitán, lo disponia todo para la batalla.

